

Suplemento de IMPERIO dedicado a la Comarcal de BENAVENTE

# NUEVA ESPAÑA

IV EPOCA.—Número 598  
Jueves, 8 de septiembre de 1960

NUMERO EXTRAORDINARIO DEDICADO A LAS FERIAS Y FIESTAS DE BENAVENTE

# ¿PROGRESO?

Si la fe en el progreso de la humanidad fuese objeto de controversia, tendríamos que invocar el testimonio de la Historia para reconocer que los pueblos caminan todos hacia un estado de perfección ideal, por lo menos en lo que al orden físico se refiere.

Hoy, es verdad, el desarrollo y los adelantos de las ciencias físico-naturales han transformado el mundo material y han hecho cambiar, y con ella hoy hasta la imagen misma de quien la pronuncia, hasta la faz misma de la tierra. La palabra cruza el mundo en un instante; el avión devora por mar y por tierra el espacio; se horadan grandes montañas; se saltan valles profundos; se encauzan ríos soberbios; la agricultura rinde dobles cosechas y se construyen máquinas que multiplican y perfeccionan los artefactos. De resultar nuestros mayores y presenciar las maravillas de la electricidad y el vapor, parecerían asistir a espectáculos de encantamientos, o, mejor dicho, trasladarse a un mundo en nada semejante al que ellos habitaron. Haríanse de cruces, pasados quedarían de que pasaran por este suelo con los ojos abiertos sin ver en las propiedades de la materia los prodigios descubiertos por sus sucesores. Que existe, pues, un progreso, no cabe duda, porque en la sociedad vemos que hay hechos particulares que lo determinan, fuerzas que lo aceleran y leyes a que obedece. Pero... a la vista de todo esto, permitidme os preguntar: ¿y en el aspecto moral se progresa al mismo ritmo con que hemos progresado en el orden físico?

Yo creo, señores, que en este orden hemos caminado y seguimos caminando a una velocidad mucho más vertiginosa que el satélite americano que contemplamos en estos días, sin duda alguna por ser, quizá, donde más influencia ha ejercido esa CIVILIZACION MODERNA y esa CULTURA SUI GENERIS de que tanto quieren hoy presumir muchos hombres y mujeres de nuestros días, pero que, la verdad, con sus formas de portarse y de conducirse en la sociedad, no acusan otra cosa que tener del verdadero progreso un concepto totalmente erróneo y equivocado. Progreso, bien sabéis que quiere decir PERFECCIONAMIENTO. ¿Y dónde encontramos éste? ¿No veis con qué naturalidad hoy en las plazas, en las calles, en los salones, en los paseos y en tantos otros sitios se conculan, bien a las claras, los más elementales principios de nuestra convivencia social o humana? ¿Que no? Preguntádselo a esos que con sus hechos cotidianos demuestran palpablemente no querer tener valor para elevarse por encima de sus sensaciones brutales y de sus miserables placeres; preguntádselo a esos y a esas, ¿por qué no?, que en todos sus actos no tienen más ley que sus antojos ni reconocen más freno que sus caprichos, aunque éstos atropellen lo más digno del respeto y de la consideración de los demás; preguntádselo a esos y a esas, que queriendo presumir de una inteligencia fina o de una sensibilidad esmerada, no la emplean más que o para disfrazar sus intenciones o para desfigurar sus propósitos; preguntádselo a esos y a esas que con sus extravagantes modalidades y vestimentas quieren nada menos que trocar hasta el orden mismo de la naturaleza; preguntádselo a esos y a esas que con su cinismo e hipocresía, a una hora van a poner una vela a Dios, pero a los cinco minutos ponen también cincuenta velas al diablo, traicionando así los valores morales más dignos y elevados de nuestra sana filosofía; preguntádselo a esos y a esas que presumiendo de nobles y levantados sentimientos no ponen el motivo de sus acciones culpables más que en esa razón pernil de que tienen que realizarlas porque... las realizan las demás, sean quienes sean y vengan de donde vengan; preguntádselo, en fin, a esos y a esas que con sus comportamientos y con sus planes hacen desconocer el pudor, escarnecer la virtud, olvidarse de la moral, ignorar sus deberes sociales, no acatar la autoridad de nadie... etcétera, etc. Preguntádselo a esos y creo que todos os darán ésta o parecida respuesta... que esas cosas son, sencillamente, nada más que exigencias de los nuevos tiempos que vivimos... modas de la nueva sociedad que nos recrea y atenciones que debemos a la nueva cultura que disfrutamos... es, según ellos, el progreso de la nueva ciencia moral de nuestros días. Y, ¿sabéis por qué? Pues ni más ni menos que porque no saben que por encima de las Matemáticas, de la Física, de la Química y de todas las ciencias naturales hay otra ciencia más digna y más elevada que la de las Matemáticas, que es la ETICA; y esa precisamente es la única que en la sociedad, por imperativo del deber y por mandato de la conciencia, nos exige a todos unos conocimientos más profundos, unas fuerzas más vigorosas y unas leyes más circunspectas que hacen elevar al máximo las vertedades, y reducir al mínimo los inconvenientes de esa vida más ordenada y de ese estudio más provechoso que requiere el noble y laudable fin de la verdadera sociedad.

De seguro, de seguro que si se levantaran también hoy nuestros mayores y vieran los adelantos de nuestra vida moderna y los progresos de nuestra moderna moral, no sólo se asombrarían, sino que, asustados y vueltos locos, chocarían unos contra otros, y el desencanto, la desilusión y hasta la repugnancia les agitarían en torbellino arrebatadamente como mueve el polvo y las pajas el impetuoso huracán de las mangas terrestres.

¿PROGRESO? Desde el punto de vista material y haciendo una concesión, excesivamente benévola, a la mentalidad de esos progresistas podría ser discutible, pero desde el punto de vista ETICO o MORAL siempre será reprobable.

Hay que cimentar, pues, el verdadero progreso restaurando la sana MORAL Y FILOSOFIA, porque si ellas son la base de una educación seria y religiosa, son también, a la vez, la razón y el fundamento de todo el saber humano.

MANUEL ESPESO

## De jueves a jueves ¡BIEN VENIDOS!

Si, bien venidos, amigos forasteros, a la Feria benaventana. La ciudad os recibe con amor y simpatía. Y os brinda, como invitados de honor que sois, sus festejos y alegrías.

El estruendo de las bombas y cohetes nos anuncian, con sus secos estampidos, que han dado ya comienzo las fiestas. La ciudad semeja a un "carrusel" de vivos colores invadido por un público ansioso de diversiones y jolgorio.

La cosecha —buena o mala— está ya a buena recaudo. Y hay que aprovechar ese intervalo que media entre recogida y siembra para lanzar una cana al aire festivo de la Feria, como premio ganado después del intenso laboreo arañando las entrañas de la tierra en busca del pan nuestro de cada día.

Arroja de ti, por unas horas, todos esos problemas que martillean tu cerebro —¡nunque viviente— en el cotidiano quehacer diario, y súbete en el "carrusel" de las fiestas para gozar y reír sanamente, que tiempo tendrás después para sufrir y llorar ampliamente...

La ciudad, adornada con sus mejores galas, y alegre cual castañuelas en manos de buen "bailaor", os da la bienvenida y os acoge cual a viejos amigos que año tras año se abrazan en feliz camaradería para disfrutar, entre el estampido de las bombas y de los cohetes, de unas horas felices y evocadoras...

¡Bien venidos, amigos, a la Feria benaventana!  
DON IMPOSIBLES

# FIESTA

Por EMILIO MIÑAMBRES

Ocurre siempre igual; la fisonomía de la ciudad, como la de todas las ciudades, está sujeta de continuo a los cambios bruscos y caprichosos del tiempo, y a los ciudadanos nos parece triste o alegre, según las circunstancias. Pero hay una excepción, la ciudad, el pueblo o la aldea, al margen de las características climatológicas, presentan un aspecto peculiar cuando en esas fechas celebran sus fiestas. El vecindario, en mayor o menor grado, se ilustina con ellas, y al aproximarse el día, crecen el entusias-

mo y la ilusión de todos. Cuando se inicia septiembre, Benavente, la noble Ciudad de los Condes-Duques, se prepara para la gala, abandonando por unos días la continua labor mantenida durante todo el año, disponiéndose al descanso y a la diversión. Y la gente se anima, es curioso, pero cierto, Benavente nos parece en estas fechas más nuestro, como si los benaventanos nos encontrásemos más dueños de la Villa, rebotando de satisfacción y orgullo al sentir en nuestras calles la presencia de innumerables forasteros que han de acompañarnos en estos días.

Los coches de línea, los trenes y otros medios de locomoción, vuelcan sobre Benavente gran número de viajeros que, los unos por regresar junto a la familia, y curiosos los otros por contemplar los festejos, acuden con la sana intención de pasar agradables jornadas. Las calles principales se han engalanado y los comercios presentan al público sus mejores artículos, con la suavidad delicada del más rico muestrario. Los establecimientos de bebidas, las fondas en general, todo aquello que contribuye a hacer más grata la



este caso, entra rápidamente en el mundo de la ilusión.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

El paseo se alarga, enlazando con la Mota, para adquirir aquí el deseado desahogo. La Mota, espaciosa en otros días, también se nos antoja ahora reducida. El gentío se desparrama por el centro y por los paseos laterales. En la Mota parece como si el esplendor de la fiesta tuviese un carácter más íntimo. Nos interna-

mos en los sinuosos jardines atraídos por el grato perfume de la vegetación, o nos sentamos en los pocos bancos que puedan quedar libres, si la temperatura es benigna.

Aquí, con el suave ambiente de las notas musicales y el espectáculo siempre ilusionado de la verbena en su apogeo, dejamos terminar mansamente el día. Pero si ese día es el último de fiesta, el ruido de la Rúa, repleta de gentío en toda su extensión, nos parece más estrecha que nunca. La vorágine de personas, los rumores de voces, el ruido de las pisadas, la converción en un mar de público heterogéneo, como si la Rúa celebrase entonces un mercado de jueves, multiplicado.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

El paseo se alarga, enlazando con la Mota, para adquirir aquí el deseado desahogo. La Mota, espaciosa en otros días, también se nos antoja ahora reducida. El gentío se desparrama por el centro y por los paseos laterales. En la Mota parece como si el esplendor de la fiesta tuviese un carácter más íntimo. Nos interna-

mos en los sinuosos jardines atraídos por el grato perfume de la vegetación, o nos sentamos en los pocos bancos que puedan quedar libres, si la temperatura es benigna.

Aquí, con el suave ambiente de las notas musicales y el espectáculo siempre ilusionado de la verbena en su apogeo, dejamos terminar mansamente el día. Pero si ese día es el último de fiesta, el ruido de la Rúa, repleta de gentío en toda su extensión, nos parece más estrecha que nunca. La vorágine de personas, los rumores de voces, el ruido de las pisadas, la converción en un mar de público heterogéneo, como si la Rúa celebrase entonces un mercado de jueves, multiplicado.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

El paseo se alarga, enlazando con la Mota, para adquirir aquí el deseado desahogo. La Mota, espaciosa en otros días, también se nos antoja ahora reducida. El gentío se desparrama por el centro y por los paseos laterales. En la Mota parece como si el esplendor de la fiesta tuviese un carácter más íntimo. Nos interna-

mos en los sinuosos jardines atraídos por el grato perfume de la vegetación, o nos sentamos en los pocos bancos que puedan quedar libres, si la temperatura es benigna.

Aquí, con el suave ambiente de las notas musicales y el espectáculo siempre ilusionado de la verbena en su apogeo, dejamos terminar mansamente el día. Pero si ese día es el último de fiesta, el ruido de la Rúa, repleta de gentío en toda su extensión, nos parece más estrecha que nunca. La vorágine de personas, los rumores de voces, el ruido de las pisadas, la converción en un mar de público heterogéneo, como si la Rúa celebrase entonces un mercado de jueves, multiplicado.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

El paseo se alarga, enlazando con la Mota, para adquirir aquí el deseado desahogo. La Mota, espaciosa en otros días, también se nos antoja ahora reducida. El gentío se desparrama por el centro y por los paseos laterales. En la Mota parece como si el esplendor de la fiesta tuviese un carácter más íntimo. Nos interna-

mos en los sinuosos jardines atraídos por el grato perfume de la vegetación, o nos sentamos en los pocos bancos que puedan quedar libres, si la temperatura es benigna.

Aquí, con el suave ambiente de las notas musicales y el espectáculo siempre ilusionado de la verbena en su apogeo, dejamos terminar mansamente el día. Pero si ese día es el último de fiesta, el ruido de la Rúa, repleta de gentío en toda su extensión, nos parece más estrecha que nunca. La vorágine de personas, los rumores de voces, el ruido de las pisadas, la converción en un mar de público heterogéneo, como si la Rúa celebrase entonces un mercado de jueves, multiplicado.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

El paseo se alarga, enlazando con la Mota, para adquirir aquí el deseado desahogo. La Mota, espaciosa en otros días, también se nos antoja ahora reducida. El gentío se desparrama por el centro y por los paseos laterales. En la Mota parece como si el esplendor de la fiesta tuviese un carácter más íntimo. Nos interna-

mos en los sinuosos jardines atraídos por el grato perfume de la vegetación, o nos sentamos en los pocos bancos que puedan quedar libres, si la temperatura es benigna.

Aquí, con el suave ambiente de las notas musicales y el espectáculo siempre ilusionado de la verbena en su apogeo, dejamos terminar mansamente el día. Pero si ese día es el último de fiesta, el ruido de la Rúa, repleta de gentío en toda su extensión, nos parece más estrecha que nunca. La vorágine de personas, los rumores de voces, el ruido de las pisadas, la converción en un mar de público heterogéneo, como si la Rúa celebrase entonces un mercado de jueves, multiplicado.

Por otros lugares de la ciudad resultaría curioso dar un paseo y observar el panorama multicolor, porque siempre se pueden contemplar detalles y personas interesantes. Notaréis entonces que casi nunca falta un personaje al que pocas veces hemos prestado atención. Tanto en esta como en otra ciudad hay siempre, o casi siempre, un anciano o un hombrecillo viejo, como queráis llamarle, que con aire interesado posa sus ojos sobre los grupos de personas, y si lo miráis con detenimiento, podéis observar algo parecido a una mueca de asombro y de interés reflejada continuamente en su arrugado rostro.

En este anciano, en este hombre que está viendo las fiestas de la ciudad y ha visto todas las fiestas que aquí se han celebrado, ha quedado reflejada, en ese preciso instante en que habéis observado el brillo de su mirada, toda la película de la diversión actual en comparación con la de sus fiestas de antaño. De pronto notáis cómo nuestro personaje, casi imperceptiblemente, se cruza las manos hacia atrás y comienza a caminar de nuevo con

pasos lentos, pasos cansados y un ademán indolente y desinteresado, rumbo a otros lugares. Pero en su imaginación lleva los viejos recuerdos de sus tiempos que ahora rememora.

## Se modifica el acuerdo sobre arrendamiento de la Plaza de Toros

### Acuerdos de la sesión de la Comisión Permanente Municipal

No aceptar la oferta de Dyna Radio Televisión, S. A., sobre posibilidad, por exceder de las posibilidades económicas del Ayuntamiento.

Aceptar la propuesta que formula el tribunal calificador de los exámenes de aptitud para la provisión de tres plazas afectas al Servicio de Limpieza de este Ayuntamiento, debiendo completarse por la Secretaría los expedientes respectivos de los señores aprobados, que son don Francisco Morla Garrido, don Horacio Garrido Fraile y don Luciano Enrique Gullón.

Aprobar la segunda certificación de obras que expide la Comisión Provincial de Servicios Técnicos por las obras de urbanización, pavimentación y saneamiento de la Cuesta del Hospital, que asciende a la cantidad de 213.132,52 pesetas. Aprobando, por tanto, el porcentaje que corresponde a este Ayuntamiento y que asciende a 29.461,91 pesetas.

Interesar la autorización de la Divulgadora Sanitaria Rural para poder hacer efectiva la gratificación a la Delegada de la Sección Femenina Local y que este Ayuntamiento tiene consignada para los servicios que ha de prestar la primera.

Aprobar la nómina de participación en multas a los guardias municipales y que ha sido confeccionada por la Intervención.

Aprobar quinquenios de personal.

Autorizar distintas licencias de obras.

Modificar acuerdos sobre arrendamiento de la Plaza de

Toros en cuanto se refiere a la novillada del día 8, en vista de la mejora de cartel introducida por la empresa.

Autorizar la adquisición de 3.000 kilogramos de cebada con destino al ganado afecto al Servicio de Limpieza.

## EL MERCADO DE GANADOS

Relación de ganado que ha concurrido al mercado celebrado el día 1 del mes actual:

Caballerías: Mayores, 72; menores, 31.

Ganado de cerda: Cebones, 2; camperos, 33; lechones, 1.239.

Vacuno: Reses, 241; terneras, 18.

Lanar y cabrio: 909.

PRECIOS Y VENTA  
Reses: De 16,50 a 19,50 pesetas kilo en vida. Buena venta.

Cerdos lechones: De 250 a 450 pesetas unidad. Buena venta.

Mulas: De 9.500 a 15.000 pesetas. Venta regular.

Mulas lechales: De 3.000 a 7.500 pesetas. Venta regular.

Asnal: De 500 a 2.500 pesetas. Venta regular.

ALMACENES

### Imperio

Tejidos y confecciones

José Antonio, 29

TELEFONO 267

BENAVENTE

## MACARIO SANZ GARCIA

ALMACEN DE FRUTAS Y EXPORTACION DE HUEVOS Y PATATAS

## LA SOLEDAD

Telefonos 111 y 136 BENAVENTE

## Desinsectación de locales

Por la Jefatura Provincial de Sanidad, con arreglo a la circular de la misma sobre campaña de desinsectación de locales y vehículos publicada en el "B. O. de la Provincia" de 4 de Julio pasado, se dictan normas sobre la obligatoriedad de la práctica de la desinsectación que deberá ser llevada a cabo por una de las empresas autorizadas por la Dirección General de Sanidad.

# CAFE IMPERIAL

CAFETERIA -- BAR -- RESTAURANTE

SELECTA COCINA  
SALON DE TELEVISION

José Antonio, 35 BENAVENTE

## Maderas y transportes LUCIANO GARCIA DE LA IGLESIA

ASERRERIA MECANICA  
General Primo de Rivera, 88.-Teléfono 531 Domicilio: Plaza Sepulcro, 1.-Teléfono 466 BENAVENTE

